los y está sentado á la diestra de Dios Padre, de donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunion de los Santos, el perdon de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida perdurable."

Esta es la primera historia de Jesus que se dió al mundo; esta es la palabra compendiada, doctrina á la vez que historia, que ha vencido al error arraigado en el corazon del hombre. Nada se ha dicho hasta ahora, nada se dirá en adelante que no se halle contenido en el *Credo*. Todas las verdades surgen y manan de él, y fuera de él no hay verdad alguna; todo error viene á chocar con él y en él se rompe. Doce pescadores de Judea recibieron de Dios ese sol resplandeciente, y el hombre salió por él de las tinieblas de la noche.

Diez y nueve siglos hace que el símbolo de los Apóstoles, repetido y afirmado por la Iglesia Católica, impide que el mundo vuelva á verse envuelto en las tinieblas en que vivia; y diez y nueve siglos hace tambien que se levanta una voz infatigable á negar la existencia de ese sol resplandeciente.

La negacion es uno de los nombres que tiene la muerte; la negacion quiere separar del mundo á Jesucristo, Hijo único de Dios, cuya misericordia se dignó revestirse de nuestra vida mortal para comunicarnos su vida eterna. Innumerables sofistas se han esforzado en quitar á Jesus, verdadero Dios y verdadero Hombre, unas veces su humanidad, otras veces su divinidad: han negado en él á Dios, han negado en él al hombre, y han llegado á negar hasta la existencia de la persona de Jesus, diciendo que Jesus era un producto de la imaginacion popular. ¡Y la pobre razon del hombre ha podido suministrar su contingente de sectarios á tamaña locura, que es por otra parte la espresion mas lógica de la negacion, porque es mas fácil negar la existencia de la persona de Jesus que negar, admitiendo su existencia, la divinidad que en ella fulgura!

Pero la lógica del absurdo ha dejado muy al descubierto el absurdo; se ha preferido la inconsecuencia á la lógica, y todos los esfuerzos de este tiempo se dirigen contra la Divinidad. Dícese que el Dios que se hizo hombre es simplemente un hombre de quien la ignorancia ha hecho un Dios; hombre dotado, eso sí, de genio y de bondad; hombre bueno, amable, casi sincero; pero hombre al fin, y hombre en quien se deja descubrir la fragilidad, la pasion, la mentira del hombre. Y para justificar esto, los sofistas que eso dicen, inventan una doctrina inaudita, segun la cual las inteligencias escogidas tienen el derecho de

mentir á la porcion vulgar del pobre género humano: de modo, dicen que Jesus pudo mentir para acreditar una moral purísima. Por el mismo concepto le prodigan igualmente otros elogios que no son otra cosa que ultrages refinados; esperan sin duda que, gracias á las perfecciones sospechosas que concedén al hombre, lograrán acabar con la idea de Dios.

¡Passus! Jesus ha sufrido, y vivo siempre en la Iglesia, sufre todavía; esas injurias solo son uno de los rasgos de su pasion que aún continúa.

El odio estalla en medio de sus beneficios; en frente de sus milagros se levanta la negacion; en el mismo banquete en que nos da su Cuerpo va á sentarse la traicion, y la mofa le persigue hasta en la Cruz. En el Evangelio es donde el género humano puede ver hasta qué punto pertenece á la muerte: se diria que por instinto rechaza la salvacion; se diria que no quiere su salvacion.

Nada hay que pueda compararse con la perseverante malignidad de los sectarios, sino la inclinacion del hombre á darles siempre crédito. San Pablo tiene que luchar con un calderero llamado Alejandro, y el gran Apóstol da testimonio del daño que le causaba aquel oscuro adversario. El Evangelio cuenta por millones sus mártires sus confesores, sus apologistas, y sin embargo, apénas bastan todos ellos para luchar con la perfidia que emprende la obra de seducir á la presuncion del hombre. Basta una palabra de un sofista para que el ignorante desdeñe con la mayor tranquilidad el testimonio de diez y nueve siglos. La ignorancia se ampara con un dicho cuya esactitud no puede comprobar, con una contradiccion aparente, con dos palabras traducidas de un libro cuyo nombre llega por primera vez á sus oidos, y todo eso le sirve de prueba contra Jesucristo. Para la ignorancia nada vale el testimonio de tantos hombres de todas las épocas, consumados en todas las ciencias, que, habiendo sido adeptos de todas las herejías, se han inclinado despues ante el Evangelio con menoscabo de sus intereses, de su amor propio, de las pasiones de su corazon y con riesgo de su misma vida. El ignorante ni siquiera se dice que esos hombres han debido buscar las objeciones léjos de huir de ellas, que han debido desear que las objeciones fueran insolubles, y que solo las han abandonado despues de haber descubierto su sinrazon, su vacío; no, el ignorante se dice, por el contrario, que esos hombres fueron engañados ó quisieron engañar, y en tanto cree en la ciencia y en la buena fé del sofista, del calderero de Alejandría.

Pero no se crea que la ignorancia está segura de eso mismo que aquella dice. Aun á los ojos de la ignorancia, la ciencia y la probidad de la herejía son muy dudosas; son aun mas dudosas que la existencia y la divinidad de Jesus: lo que hay es que la herejía tiene de su parte la complicidad del corazon. Ahí está el fuego sombrío que arroja siempre la evidencia. ¡Que Dios no sea lo que es, ó que no haya Dios! Tal es el deseo secreto, el arcano por el cual la incredulidad científica está siempre segura de provocar á la credulidad y de llevársela tras de sí.

No hay ciencia contra Jesucristo; no la habido nunca. La incredulidad científica no es otra cosa que la ignorancia que habla un lenguaje científico, no es mas que una máscara que la impiedad se pone para engañar á la conciencia humana y darla algunas razones absurdas con el fin de que no crea en Dios y se adore á sí misma. Cuando la conciencia ¡ay! quiere separarse de Jesucristo, no encuentra dificultades ni en cuanto al camino que debe seguir, ni en cuanto al guia que debe tomar: acepta todos los caminos; cree que la guia hipócrita tiene todas las virtudes que él quiere atribuirse, ó perdona al guia cínico todos los vicios que en él llega á descubrir.

Lo que mas brilla en esos *sabios* adversarios de Jesucristo es la voluntad persistente de no creer: son impíos; no son verdaderamente incrédulos. ¡Cuánta aplicacion ponen en cerrar los ojos! ¡Qué de medios bajos emplean para hacer mas densas las tinieblas en que yacen envueltos! Pero, por fin, cuando forzados por la evidencia, y para huir de ella, vomitan su negacion, su delirio equivale á los mas brillantes actos de fé. Oyese en el Evangelio gritar á los demonios: "¡Jesus, hijo de Dios, márchate, déjanos!" porque el demonio es padre de la Gran Mentira, es decir, de la falsa ciencia; y aunque el demonio es padre tambien de la negacion, y aunque es muy sabio, es muy creyente; solo que, desgarrado por su orgullo, orgullo eterno, aborrece, blasfema y niega.

La negacion, en cuantos terrenos ha elegido para el combate, ha salido siempre derrotada. Su última tentativa, anunciada con tanta pompa, ha caido en el mayor descrédito científico; y tal es ya el renombre de esa obra, que la vergüenza de haberla concebido solo puede compararse con la desgracia de haberla publicado. Esa obra está ya despreciada, y figura al lado de las de Fréret, Dupuis y Volney, hombres á quienes sucesivamente se ha declarado invencibles y que incesivamente han sido pulverizados.

Sin embargo, esa última obra ha tenido el mismo buen éxito que las anteriores, el mismo buen éxito que tendrán en adelante las obras todas del mismo género: tienen buen éxito porque el público es poco delicado, y porque las contestaciones que ellas inspiran son tan defectuosas bajo un punto de vista como victoriosas bajo de otro. Respóndese admirablemente á todo lo que dicen los impíos; pero no se piensa lo bastante en que, consistiendo, como consiste, su arte supremo en querer ignorar, lo esencial está en responder á lo que ellos no dicen.

El último impío que se ha hecho célebre ha tenido la habilidad de hablar de Nuestro Señor Jesucristo en cuatrocientas ó quinientas páginas, sin presentarle nunca, huyendo perpetuamente de mostrarnos todo lo que en él es Dios, y desnaturalizando en él todo cuanto toca al hombre. Esta perfidia de su debilidad ha dado toda su fuerza á la obra y ha conseguido el triunfo de hacer entrar á la apologética en discusiones fútiles, en las que tambien el Hombre Dios desaparece. Un lector que tenga ánimo bastante para leer todas esas escelentes refutaciones, y que se contente con eso, sabrá que el impío es hombre de todo punto indigno de crédito; pero no sabrá mas de lo que ántes de su lectura supiera, sobre lo que Jesucristo vino á hacer al mundo. Y siendo esto así, no es Jesucristo quien gana la batalla, como no la gana, pues no sale de dudas, el lector asiduo de tales refutaciones; quien la gana es el impío desgraciado que se ha propuesto vender á Dios engañando á sus prójimos. Hé aquí la idea que ha inspirado este libro: los recientes ataques dirigidos contra Jesucristo le han dado ocasion; pero no forman su objeto directo.

La sabiduría clementísima de Jesucristo no ha dejado á merced de los sofistas ni las fuentes de la razon ni las bases de la fé; ha previsto todas las debilidades del corazon y del espíritu del hombre, y las ha dejado un apoyo siempre poderoso. No es necesario recorrer tantos paises, estudiar tantas lenguas muertas, tanta historia, tanta física y filosofía para conocer á aquel que descendió al mundo para conquistar la fé y el amor de los humildes y pequeños de la tierra. El Pan de vida se encuentra tan fácilmente como el pan de trigo, y se encuentra con las mismas condiciones. Todo cristiano que haya estudiado el catecismo, ó que haya oido algunas esplicaciones de doctrina, puede dar cuenta de su fé mucho mejor que lo que esos *sabios* que se precian de incrédulos, pueden dar cuenta de su incredulidad.

El Evangelio encierra las causas determinantes de la fé en Jesu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

cristo, verdadero Dios y verdadero hombre: con el Evangelio se destruye el sofisma sin tener que arrostrar el contacto de ciertos venenos repugnantes que manchan la mano, que la hacen temblar. ¿Qué importa que el sofista aglomere notas contra la sinceridad de los Evangelistas, si nosotros tenemos la prueba clara de que Aquel de quien los Evangelistas han escrito es Dios? Cuando uno se postra ante la presencia real, no corre el peligro de distraerse de su contemplacion por ir á considerar de cerca la asquerosa figura del blasfemo, y no se pone empeño en arrancarle confesiones espresas ó tácitas en las que no va envuelto el arrepentimiento.

Hay diferentes grados en la lucha intelectual, y la discusion no pasa de los grados inferiores; cuando se discute, el hombre se coloca siempre enfrente del hombre, y la razon del uno parece que vale tanto como la del otro; cuando se espone, se presenta á Dios enfrente del hombre.

Y esa esposicion de la luz debe hacerse con preferencia cuando se pone al mismo Dios en litigio de un modo absoluto y *personal*. En esas alturas, basta con que la voz del hombre se calle oportunamente, con que no discuta con lo que *nada* es, por miedo de que la imbécil razon del hombre llegue á creer que la *nada* puede responder, y de que preste á la *nada* una voz que hiera el oido del Omnipotente: basta con eso para que la hermosura de la verdad aparezca sola enfrente de la fealdad absoluta de la mentira.

Supóngase un hombre casi completamente ignorante en materias religiosas, sin odio, pero no sin preocupaciones; hombre poco seguro de la existencia de Dios, que duda mucho de la divinidad de Jesucristo, y que, aunque mas dispuesto á no creer que á creer en ella, huye, sin embargo, de decidirse en pro ó en contra, por un simple sentimiento de honradez, porque sabe que no sabe nada. Ese hombre escucha á los impíos, duda de su rectitud, le parecen, cuando ménos, frívolos, y sin embargo, se pregunta si existe otro Dios que el Dios cómodo é impalpable del deismo; se pregunta si Aquel que se ha proclamado Hijo de Dios, ese Jesus á quien la negacion quiere presentar con colores puramente humanos, es lo que El dice ser, es Dios. Contra esta creencia subsisten en el hombre, cuyo retrato se ha bosquejado, fuertes impresiones, y para reconocer su verdad ó su falsedad, parécenle necesarios largos estudios; piensa ademas que descubrir la falsedad de esa creencia seria cosa triste, porque el alma no se resuelve á perder á Dios, y que ograr descubrir su verdad seria cosa grave, porque esa verdad trael

consigo, porque impone grandes privaciones..... ¿Y qué sucede? Que por lo general, los hombres de esa especie permanecen en la incertidumbre, en la duda, hasta tanto que la duda se convierta en indiferencia y hasta tanto que la indiferencia se convierta en olvido.

Pues bien; ese hombre dudoso, vacilante y que se resuelve á ser indiferente; ese hombre indiferente que no niega á Dios, que no quiere hacerle la guerra, pero que se decide con la mayor sangre fria á olvidarle, ignorando que Dios no le olvidará á él; ese hombre, en una palabra, que nunca ha pensado en Dios y que desea no pensar en Dios nunca, ese hombre fuí yo en otro tiempo, yo que hoy escribo este libro y que lo he escrito para los hombres que así sean, para los hombres que se encuentran hoy en el caso en que yo llegué á encontrarme. Lo que yo no hubiera oido sin provecho para mi inteligencia y mi alma hace veinticinco años, eso mismo es lo que yo he querido esponer ahora.

Hablo en la Introduccion del hombre considerado como prueba de la existencia de Dios, del objeto para el cual el hombre ha sido creado, de su caida y de la necesidad de un Mediador; y en este punto me ha parecido que bastaban algunos argumentos elementales para el público de buena fé, al que yo pertenezco y al que me dirijo. Hago en seguida una descripcion del mundo pagano, y presento el resultado de sus descubrimientos sobre el conocimiento de Dios y el conocimiento de hombre. Despues de esto, paso á ocuparme de los Profetas que anunciaron la venida de Jesucristo, porque los Profetas, como los Apóstoles, son inseparables de Jesus, y es un engaño el pretender contar la historia de Jesus sin decir nada de esos heraldos de su divinidad que marchan, precediéndole desde el fondo mas lejano de los tiempos, que proclaman su mision y narran de antemano sus obras y su vida.

Entro por fin en la narracion de la vida mortal del Verbo encarnado, y para ello me atengo al Evangelio; no quiero otro guia, no quiero otro documento. No hago á Dios ni al lector la injuria de querer probar nada, porque esa prueba de la divinidad de Jesucristo, dada por Jesucristo mismo, pulveriza toda objecion; y así lo reconocen y lo confiesan aquellos mismos que caen en el inconcebible frenesí de escribir la historia de Jesus para demostrar que Jesus no es Dios. Tales hombres dicen que siguen el Evangelio; pero la verdad es que no hacen mas que falsificarlo.

Cierto es que el Evangelio nos presenta un espectáculo que no puede esplicarse. Enloquecida por todo lo que Dios ha hecho por ella y

por lo poco que en cambio la exige, el alma, anonadada tambien ante la evidencia, se pregunta cómo podrá creer en lo que nunca alcanzará á comprender.

Es verdad que muy entre sombras, muy á lo léjos, llegamos á distinguir que hay una cosa que no comprendemos; es verdad que, creados por Dios, creados á su imágen, entramos en la vía de lo inaccesible, y presentimos que existen alturas á las que nunca hemos de llegar; pero ese misterio del amor divino, pero ese descendimiento de Dios hasta nuestras miserias, pero esa dulzura de sus palabras, esa paciencia de su bondad, esa amargura de su agonía, y aquellas injurias, aquellos azotes, aquella cruz, aquel sepulcro, sufrido por nosotros, por nosotros que sabemos lo que somos; todo eso nos confunde y nos anonada. ¿Cómo podremos esplicarnos, y quién podrá esplicarnos el esceso del amor de Dios? ¿Qué sentimos en nosotros mismos que nos ayude á comprenderlo? Tenemos que creer en él por la única razon de que ese pasmo de grandeza y de amor que de ningun modo se esplica, es lo único que todo lo esplica en el mundo y en el hombre.

Si nos negamos á creer que Dios ha amado al hombre hasta ese punto, no hay esplicacion posible ni de Dios, ni del mundo, ni del hombre. El Evangelio está lleno de realidades que se palpan; es evidentemente obra de testigos á quienes se ha ordenado que dén testimonio de lo que han visto: *decid, esto es, esto no es*: el Evangelio es la verdad del Dios de verdad, es Dios mismo que quiere ponerse en nuestras manos, que se entrega á nuestros sentidos y á nuestra razon, y no hay cosa en el mundo que no presente de ello sublime testimonio.

Por otra parte, y prescindiendo de que el Evangelio es siempre jóven por sí mismo, es ¡ay! en estos tiempos, y por culpa de ellos, muy *nuevo*: la ignorancia del Evangelio es por lo general absoluta en los incrédulos, y en muchos cristianos no suele ser ménos completa. Se sabe el Evangelio de memoria, y no por eso se le conoce, porque no se le ha leido con atencion y con órden; porque no se ha oido esplicarle; porque no se ha meditado lo bastante sobre él. Todo aquel que solo atiende á la letra del Evangelio, no conoce ni aun la letra; y todo aquel que solo busca la parte moral del Evangelio, no encuentra la moral que él encierra. Ese Evangelio de la letra y de la moral estricta no es sino la corteza arrancada del verdadero Evangelio católico; corteza despojada de la hermosura que Dios quiso poner en ella

para atraer nuestros corazones y unirlos á Jesucristo por las cadenas del amor.

Ha sido designio de Dios que el Evangelio fuera escrito, como lo ha sido, por cuatro autores y en cuatro partes distintas, partes que es preciso considerar aisladas para que luego puedan unirse unas á otras De ese modo la autenticidad del libro divino está al abrigo de toda duda; de ese modo, si tal desórden provoca por una parte el espíritu de contradiccion, estimula por otra el espíritu de fé para un estudio constante; y ahí tenemos el océano de la literatura sagrada que nos demuestra que nada hay mas propio para escitar y fecundar la inteligencia del hombre. La historia evangélica existe de antemano en la voluntad de Jesucristo, como existia en las profecías que esa historia vino á cumplir. Los primeros pasos del Salvador se dirigen por el camino del Calvario; marcha por él sabiendo dónde va y manteniendo en la impotencia á sus enemigos y á la misma muerte, durante el tiempo que él ha fijado; llega á la hora señalada desde la eternidad, y todo se consuma cuando todo debe consumarse.

Este milagro general es el testimonio de todos los demas milagros, y, como todos ellos, da igualmente testimonio del poder de Dios y del amor de Dios hácia los hombres.

La incredulidad niega los milagros, porque quiere rechazar el amor; los niega de dos maneras: ó valiéndose de una negacion brutal, ó sirviéndose de ciertas esplicaciones injuriosas, y declarando que los milagros no pueden aceptarse ni por la historia ni por la filosofía. Hostigados por la palabra del Salvador que invoca él mismo sus milagros, algunos *sabios* conceden que Jesus pudo creer que hacia cosas imposibles para el hombre; pero, añaden, no las hizo, no pudo hacerlas, porque no era Dios. Así, pues, porque Jesucristo, segun esos *sabios*, no es Dios, no ha hecho milagros, y porque, segun los mismos *sabios*, Jesucristo no ha hecho milagros, no es Dios.

La razon cree sin violencia ninguna en los milagros que refiere el Evangelio, y cree en ellos sin violencia ninguna, porque el Hombre-Dios podia hacer esos milagros, porque el hombre-Dios debia hacerlos, porque el Hombre-Dios da testimonio de haberlos hecho. Era necesario que la Encarnacion prestara sus reflejos divinos á todos los actos del Salvador que solo presentan la señal ostensible de su humanidad, porque, si así no fuera, al ver á un Dios reducido á sufrir el hambre, la sed, la fatiga, la tristeza, á resguardarse de los peligros huyendo, á imponerse durante tres años la tarea de instruir

á discípulos poco aptos, á sufrir los golpes, las insolencias, el último suplicio, se correria el peligro de que la admiracion estraviase las inteligencias, llevándolas á la duda. Dios, en todas esas circunstancias, parece como que prescinde, por decirlo así, de su naturaleza divina, con la cual vuelve á mostrarse cuando manda á los elementos, cuando resucita los muertos, cuando instituye la incomprensible Eucaristía.

¿Puede comprenderse que Dios hubiera descendido á la tierra y no hubiera hecho milagros? Me atrevo á decir que Dios nos debia esos milagros y que debia entrar en su justicia el prodigárnolos, para que de esa suerte, ausiliada así nuestra debilidad, pudiera recibir su palabra, única cosa por la que podiamos ser salvos. Jesus vino á nosotros enfermo á fin de curar á los enfermos, y esa doble condicion le obligaba tambien á hacer milagros: los sordos necesitaban aquellos signos, los ciegos necesitaban aquellos contactos, los paralíticos necesitaban aquellas sacudidas. Si Jesus no se hubiera presentado como señor de la naturaleza, aquellos á quienes ofende hallar en la historia lo sobrenatural preguntarian qué es lo que hizo Jesus, que haya escedido al poder del hombre. Bergier decia á los filósofos de su tiempo: "Palpaos bien, y decidme despues si vuestros predecesores han podido ser vencidos sin los milagros."

La objecion contra los milagros que se funda en que los milagros no son hechos naturales, es una objecion ridícula. Si los milagros fueran hechos naturales, no serian milagros; y precisamente los milagros son increibles para que la fé crea en ellos y para que no pueda negarlos la razon. El hombre que pretendiera creer en Dios sin el ausilio de los milagros, pretenderia presentarse como un Dios, y seria un loco, tan loco como lo es el que niega la existencia de Dios. El sentido comun acabará siempre por reirse de los filósofos y de los historiadores que separan de la historia y de la filosofía los actos divinos, bajo el pretesto de que Dios no *puede* intervenir en las cosas del mundo, y de que esa intervencion no es necesaria. Jesucristo nos ha hecho mas honor: no nos ha pedido que nos rindiéramos al hombre, sino á Dios, y se nos ha presentado él mismo para que nuestro orgullo pudiera doblegarse noblemente. Por medio de los milagros, y con sus milagros, Jesucristo ha inutilizado para siempre las reglas de la filosofía que quiere oscurecer la Divinidad, y ha tratado con gran misericordia á los mismos *sabios*, advirtiéndoles que es mas sabio que ellos. Si su orgullo rechaza este beneficio, hacen mal; pero la clemencia de Jesus les presente aún otros argumentos para convertirles. Jesus decia á los judíos: "Si no creeis en mi palabra, creed al ménos en mis milagros;" y nosotros decimos hoy á los incrédulos: "Si no creeis en los milagros de Jesus, creeed al ménos en su palabra." Porque esa palabra es tambien un milagro, es el milagro mas grande de todos, es un milagro que nadie puede negar.

La palabra de Jesus ha creado el milagro para brillar en su centro; y esa palabra al brillar así, se hace accesible, permanece siempre viva y creadora. Esa palabra es el milagro de los milagros, es el mismo Dios. Nosotros vamos á oir esa palabra, y nuestros oidos, aunque obstruidos por el polvo de la tierra, no podrán desconocer esa voz cuyo eco ha vencido el corazon del hombre, cuya sabiduría ha descubierto al hombre lo que él era, cuya fecundidad ha creado un mundo nuevo."

"Las palabras de Jesucristo, dice Bossuet, espresan lo divino por su sencillez, por su profundidad, por la suave autoridad que encierran. *Jamas hombre ha hablado como ese hombre:* porque jamas hombre ha sido Dios como él, ni ha tenido sobre todos los ánimos esa autoridad natural que pertenece á la verdad, y que hace que, sin esfuerzo y sin afectacion, influya tan suave é intimamente sobre los corazones.

Ahora bien: esa palabra absolutamente divina por su carácter propio, divina por sus efectos siempre subsistentes; esa palabra, ¿de quién puede ser si no es de Jesucristo? ¿Quién puede ser el inventor de la sabiduría de Jesucristo? Despues de trascurridos dos mil años, la palabra de Jesucristo permanece siendo la única verdadera luz del hombre en cuanto á Dios y sobre sí mismo; esa palabra sostiene al mundo católico circundado de fanáticos enemigos; esa palabra sostiene la ley natural sitiada y batida en brecha por un filosofismo insensato; esa palabra sostiene la razon del hombre sujeta á vértigos y delirios. Y esa palabra no solamente conserva y repara, sino que crea: crea sacerdotes y santos, crea la fé, y de los corazones mas estériles y secos esa palabra arranca tambien un grito de admiracion y los mayores actos de amor. ¿Quién ha podido inventar esa palabra?

Ninguna objecion puede ser admitida en el tribunal de la razon humana, ninguna objecion será admitida en el tribunal de Dios contra la fuerza, el número, el brillo de los milagros atestiguados por tan gran número de testigos. Supongamos, sin embargo, que la duda

encuentra un refugio en los hechos milagrosos; aun así, ¿cómo es posible darse cuenta de la invencion de la palabra, de la creacion de la doctrina y del triunfo de esa doctrina? ¿Cómo puede sospecharse que esos testigos tan rectos y tan sencillos, ó no han visto ó han visto mal lo que dicen que han visto? Y aunque eso se sospeche, ¿cómo cabe sospechar que no oyeran lo que repiten? No repiten cosas que todo el mundo puede decir ó que todo el mundo puede pensar; al contrario, lo que repiten es superior á todo y contrario á todo lo que el mundo conocia, y lo repiten, no en los mismos términos, sino con el mismo fondo de ideas inauditas, con el mismo colorido de estilo, colorido totalmente nuevo, con el mismo acento de autoridad soberana con que lo oyeron: todo en ello aparece lleno de luz, lleno de espíritu profético, fulgurante á la voz por un triple milagro que no se puede negar: el de la idea, el de la espresion y el de la profecía. Se ve que todo viene de la Divinidad y que todo vuelve á ella: los milagros vuelven á aparecer en la palabra, y la palabra nos lleva otra vez á los milagros.

Esos milagros, hechos para que en ellos se apoye la palabra, se trasforman, se trasfiguran, y, á su vez, se convierten en palabra. Debajo de su corteza tan odiosa para la *ciencia*, se halla encerrada la savia divina que brota al soplo del Espíritu Santo y nos da flores de belleza celestial; flores de las cuales, como de la misma palabra, se desprenden abundantemente bálsamos vivificantes. Las imposibilidades físicas han llegado á ser la predicacion clarísima de las verdades morales mas benéficas. El género humano necesita esa predicacion, y vive ó muere segun que la escucha ó la desprecia. Los milagros son otras tantas parábolas en accion llenas de admirables significados. La mayor parte de ellos esplican las profecías, dan á la vez testimonio de su cumplimiento, y son, por último, una profecía para el órden futuro. Esos milagros han curado los cuerpos y curarán eternamente las almas; han mostrado la omnipotencia y la bondad del Hijo del Hombre, y mostrarán para siempre la ciencia y la sabiduría infinitas del Hijo de Dios.

Que un médico de génio multiplique las curas maravillosas; que un taumaturgo resucite los muertos, cosas son que no influyen sobre las generales del mundo: solo se ve en ellas á unos enfermos curados por un sabio ó por un santo. No por eso el pecado interrumpe sus obras; no por eso las enfermedades dejan de existir; no por eso la tumba deja de abrirse, y, muy luego esos hombres prodigiosos desaparecen sin

dejar tras de sí mas que el olvido: olvido que para el sabio es instantáneo, y que para el taumaturgo, si Dios no quiere glorificar su sepulcro por la permanencia de los milagros, se halla próximo. De todos modos, esas cosas estrañas, maravillas de la ciencia y maravillas aún mayores de la santidad, quedan como hechos, ó absolutamente aislados, ó prontamente infecundos. Pero los milagros de Jesucristo se enlazan á todo y lo contienen todo: la historia parte de ellos y en ellos se resume y termina; gozan de una vida eterna y universal; son luminosos, refulgentes, y crean la perpetuidad de los milagros.

"Los milagros del Salvador, dice el Papa San Gregorio, son reales y sirven al mismo tiempo para enseñarnos alguna verdad: Dios por esos actos de su poder nos muestra ciertas cosas, como nos revela otras por los misterios que en los milagros se encierran." Todos los hechos de la Santa Escritura admiten cuatro sentidos igualmente verdaderos, porque la profundidad de Dios es infinita. Ademas del sentido literal tienen el sentido alegórico por la aplicacion de un hecho á otro hecho del que el primero es figura y profecía; el sentido tropológico, por su aplicaeion á las necesidades del alma y á la correccion de las costumbres; el sentido anagógico, por su aplicacion á las alegorías de la patria celestial. Estos tres sentidos encierran el sentido espiritual ó místico que establece la armonía de los milagros en toda la historia de la Religion y en todo el misterio de la humanidad.

Este estudio de su sentido místico que pone á los milagros en armonía con la historia del Cristianismo y con el género humano, se halla há largo tiempo muy descuidado entre nosotros, despues de haber ocupado á los Padres de la Iglesia, que han recibido de él admirables inspiraciones. Sin descuidar en modo alguno la moral, los padres cuidaron de dar todo su desarrollo al sentido místico, elevándose á alturas maravillosas, á las que nosotros nos admiramos de seguirles sin esfuerzo, porque hemos sido formados para vivir en ellas. Lo poco que yo he podido tomar de ellos bastará para mostrar que en ese estudio se encuentran tan buenos argumentos como hermosas enseñanzas. José de Maistre ha dicho que el cuerpo humano aparece mas maravilloso aún en el anfiteatro de diseccion que en la actitud mas bella de la vida; y así tambien la anatomía de los milagros nos los presenta á la vez mas reales y mas admirables, y la mano y la sabiduría de Dios se revelan en ellos con mayor evidencia.

Al llevar la narracion, en la Vida de Nuestro Señor, hasta fines del siglo, he podido delinear el último y el mas grande de sus mila-

gros, aquel por el cual se hicieron todos los demas: el estabiecimiento de la Iglesia, prueba universal y permanente de la divinidad de Jesus y de su amor hácia los hombres.

En ese punto me he detenido: tenia que escribir otro capítulo, ó por mejor decir, otro libro en que mostrara á Nuestro Señor actualmente vivo, actualmente Dios, actualmente visible y tal cual se presentó entre los hombres: pero para ver esto basta con abrir los ojos. Por la Iglesia y en la Iglesia, el Dios-Hombre permanece en el mundo con aquel mismo carácter de debilidad humana y de poder divino que espresa la union de las dos naturalezas; por la Iglesia y en la Iglesia, Jesucristo hace las mismas obras de hombre, hombre que sufre, y de Dios, Dios que triunfa. Se halla en Belen y en Samaria, en el Cenáculo y entre la multitud, en el Tabor y sobre el Calvario, y es escuchado y negado, glorificado é injuriado, seguido y vendido. Todos sus amigos le escuchan, y todos sus enemigos están tambien á su alrededor.

Tampoco falta aquel á quien la Escritura llama el *padre de la Mentira*, aquel de quien se ha dicho á otros: "¡Sois de él!" Pero esos otros dicen que no le conocen, que no existe. Existe, le conocen, y ellos hacen sus obras. Solo la existencia y la influencia de Satanas puede esplicar ese fenómeno estraño, que es el mas propio para estraviar la inteligencia del hombre. Hace diez y nueve siglos que Jesus prodiga sus misericordias y que se ve siempre insultado, declarándosele reo de muerte, objeto, en fin, de odio, odiado, sí, *personalmente*. No puede negarse este espantoso prodigio; pero ¿de dónde procede? La *ciencia* no quiere decirlo; pero el Evangelio responde, y Satanas confirma la respuesta con sus perpetuas tentativas para arrojar sombras sobre la divinidad de Jesucristo Salvador. Esas tentativas son mas numerosas que variadas. San Agustin aplica á Porfirio estas palabras de la Escritura: "Los impíos van girando sobre sí mismos; porque ellos giran, en efecto, en el laberinto del error, pasando y repasando siempre por el mismo sitio. Porfirio apóstata, pretendió honrar mucho á Jesucristo, y escribió un libro titulado *La filosofía por los oráculos*, libro muy del gusto de la *ciencia moderna* de aquel tiempo, en el cual citaba oráculos en que Jesucristo era llamado hombre piadoso y digno de la inmortalidad, y en el que á los cristianos, al contrario, se les llamaba hombres impuros. De esa clase son precisamente los oráculos que hoy salen de las academias de ciertos sabios, y en verdad que es cosa notable el ver cómo nuestros incrédulos, ó

copian las antiguas estravagancias de Porfirio, ó reciben esactamente la misma inspiracion del espíritu que siempre *va girando sobre sí mismo*. ¡Y todo para presentársenos como se hallan pintados en las las Santas Escrituras; todo para dirigir el mismo grito contra Dios: "No queremos conocer tus caminos; no queremos la ciencia de tus mandamientos. *Scientiam viarum tuarum nolumus!*"

Pues bien; la ciencia de los caminos del Señor es el conocimiento de Jesucristo, y ese conocimiento es hoy mas necesario que nunca.

Yo he escrito este libro para indicar á las almas en qué lugar, en los tiempos desgraciados que se están anunciando, encontrarán toda la fuerza, todos los consuelos, todo el honor que queden en el mundo porque estoy profundamente convencido de que esta conjuracion contra Jesucristo, cuyos efectos estamos sintiendo, es una gran conjuracion contra el género humano, una conjuracion para esclavizarlo y envilecerlo, y de que todo aquel que no conozca, que no sirva, que no ame á Jesucristo, sucumbirá bajo esa conjuracion y será esclavizado y envilecido por ella.

Pero sea que la sociedad se libre de este peligro, sea que perezca en él, los cristianos deben comprender desde hoy la obligacion en que se encuentran de hacerse mas y mas instruidos. No sabemos hasta qué punto Dios es Dios, es decir, hasta qué punto Dios es bueno, hermoso, grande. La sublimidad y la consistencia incomparables de la moral admiran acaso ménos, arrebatan acaso ménos en el cristianismo, que la consistencia y la sublimidad del dogma: del dogma que no solo hace posible, sino que hace fácil la inteligencia de esa moral tan elevada. En el dogma está lo vivificante, lo infinito, lo incomunicable. En los fulgores del misterio de Jesucristo vemos á Dios; el esplendor de esa claridad escede á toda espresion, nos presenta sin cesar á Dios, y somos culpables ante Dios por la negligencia que nos mantiene á tanta distancia de las maravillas de que nos ha circundado. Esa negligencia es una parte personal y considerable que nosotros tomamos en los crímenes de la negacion; porque si la negacion nos encontrara todo lo instruidos que debiamos estar, comprenderia que era necesario que estudiara ella mas, y tal vez esa mentida ciencia que hoy niega á Dios, al llegar á ser verdadera ciencia por el estudio que la falta, llegaria á convertirse.

Si consigo que mis lectores se decidan á estudiar mejor la Religion, á leer y meditar el Evangelio, habré conseguido mi objeto. Creo que encontraré muchos lectores que así lo hagan. Los *Actos de los Apóstoles*

toles nos han conservado la tierna historia de aquel hombre de buena voluntad que se iba solo por los caminos desiertos leyendo un capítulo de Isaías que no podia entender. Jesus le envió un intérprete, y miéntras el intérprete seguia hablando, como pasaran cerca de una fuente, el hombre de buena voluntad dijo: "Aquí hay agua: ¿existe algun inconveniente para que yo sea bautizado?" Los hombres de buena voluntad son numerosos en los caminos de este mundo, y Jesus se toma el cuidado de hacer que llegue á ellos la palabra que basta para su salvacion. Si esa palabra se encuentra en este libro, yo habré dado todo lo que he recibido.

No he querido cargar de notas estas páginas que la buena fé dirige á la buena fé. Cito con esactitud, aunque sin señalarlos, los testos de los Padres y de los demas intérpretes, testos de que me he servido ampliamente, y que á veces he reunido en una sola frase para mayor rapidez de diccion. Pero no por eso se me acuse de querer ocultar mis plagios: al tratar de asunto tan elevado, hubiera temido hablar por mí mismo y presentar mis ideas, cuando tenia las de tantos hombres santos y grandes. He tomado, pues, las ideas, y con frecuencia tambien las palabras, hasta el punto de que dudo que en todo este volúmen haya una sola página que yo pueda llamar mia.

En cuanto á cierto libro malo que caracteriza tristemente la época que atravesamos, he tenido que aludir á él dos ó tres veces, aunque mi deseo hubiera sido el de olvidarle por completo. Los sentimientos que me animaban despues de haber leido por primera vez ese libro, se han ido modificando á medida que he podido distinguir y apreciar la triste situacion de su autor. Habiendo encontrado en él la firme decision de ignorar, me complazco en creer que está lejos de haber perdido la fé. ¡De seguro no se atreve á mirar de frente un Crucifijo! ¡Temeria llegar á ver que corria la sangre del Señor! De su conciencia sale un grito que le está llamando apóstata y traidor. ¿Podrá sobreponerse, podrá sofocar esa suprema inquietud de su alma que se deja descubrir en las miradas tan obstinadamente desviadas de la luz? Lo ignoro; pero de todos modos es digno de compasion, y he dejado á un lado la obra que en el primer momento queria desgarrar. Censuramos á ese hombre, y detestamos su crímen; pero todo cristiano se consideraria feliz por poder decirle ¡como Ananías á Saulo: "Hermano Saulo, el Señor Jesus *que se os ha aparecido en el camino que seguíais*, me ha enviado hácia vos á fin de que recobreis la vista." En cuanto á mí, personalmente, debo agradecimiento á ese libro que me ha encadenado, por decirlo así, al Evangelio: contemplar á Jesucristo es la alegría de la inteligencia y del corazon. Miéntras escribia este libro, Dios ha querido que sufriese alguna de las pruebas terribles de este mundo; se ha abierto una gran tumba delante de mí; el camino de mi vida se ha puesto mas sombrío, y sin embargo, jamas alegría mas pura ha llenado mi corazon. He vuelto á leer hermosos libros harto descuidados, amigos tiernos que Dios me ha dado cuando perdia alguna de esas cosas humanas destinadas á perecer. He gustado del milagro del consuelo, del milagro de la fé, del milagro de la victoria. En el dintel de las iglesias he conocido que entraba verdaderamente en Belen, la *casa del pan*. He comprendido que el *Credo* que sale de los labios de los esclavos, de los pobres, de los niños, de las mujeres, es la espada que matará á Satanas. He trabajado con alegría, y á pesar de que conozco lo pobre de mi obra, la presento con seguridad. Nunca sentiré haberla escrito, y no sentiré nada de lo que he escrito en ella, porque esta obra se encontrará en el platillo de la balanza de las buenas obras, será una parte de mi fortaleza cuando muera, será el consuelo de mis hijos, la esperanza de los amigos que rueguen por mí. ¡Oh Cristo vivo! los que te niegan te verán. ¡Ojalá lleguen á verte ántes del dia de tu justicia! ¡Ojalá, en este momento de tu clemencia, anhelen el perdon que siempre les está ofrecido! ¡Ojalá aquellos mismos que están conspirando para separar á los otros de los caminos de la luz y del perdon, sean cogidos con los dulces lazos de la misericordia! Este es el deseo íntimo de mi alma, asustada ante un peligro. Yo no soy su juez, y no es ¡ay! necesario que nadie les acuse. ¿Qué acusador mas terrible y mas implacable que ellos mismos encontrarán esos hombres culpables en el tribunal de la Suprema Justicia?